

El INAH y la socialización de los valores del patrimonio en sitios arqueológicos: un breve repaso histórico

Manuel Gándara V.*

Los inicios

Una de las tareas que en la imaginación popular se asocia más con el INAH es la de la custodia de los sitios arqueológicos. Mientras que acaso el público no tenga una idea clara de lo que hace el instituto en materia de lingüística o etnohistoria, la mayoría sabe que es gracias a éste que es posible visitar los sitios arqueológicos. Para bien o para mal.

Para bien, porque mantener abiertos más de 180 sitios permite que la ciudadanía, cuyos impuestos sostienen al INAH, disfrute de los valores que el patrimonio arqueológico contiene. Para mal, porque hasta hace relativamente poco tiempo este disfrute se reducía a su mínima expresión, dado que no había allí nada que ayudara al público a entender esos valores. En efecto, no fue hasta 1994 cuando, gracias a una iniciativa visionaria de Gloria Artís, a la sazón etnóloga y no arqueóloga, se inició el proyecto aún conocido como de “señalización de las zonas arqueológicas”. Hasta ese momento la experiencia del visitante se iniciaba en muchos casos como en el letrero que daba la “bienvenida (¿;??)” al público en La Quemada, Zacatecas, letrero que gracias a las buenas diligencias de la zona se retiró hace tiempo, pero que simboliza la percepción del visitante y el apoyo que se le daba para apreciar “su” patrimonio.

Luego de un arduo trabajo, para 1998 el proyecto había logrado “señalar” 84 sitios, en una labor calificada con justicia como “titánica” (Sugawara, en prensa). Las primeras cédulas estaban realizadas en mosaicos de cerámica, fabricados *ex profeso* y colocados sobre una pesada base de cemento. Incluían una descripción que en muchos casos estaba en tres idiomas: español, inglés y la lengua indígena local. Mucho se criticó esta estrategia, dado que al parecer en muchos grupos la cantidad de indígenas que sabe leer en su lengua es reducida. Sin embargo, se intentaba hacer un pronunciamiento político, si bien para un visitante que viera la cédula por casualidad tal vez pareciera recargada de texto –pues se daba un tratamiento diferencial a los tres idiomas–. Aunque criticadas, estas cédulas resistieron con dignidad los embates del clima y el vandalismo. En algunos sitios todavía se les ve, mostrando ya los signos de la edad no sólo en su aspecto físico, sino en la información presentada, que en 2014 cumplirá 20 años, ni más ni menos.

Esa primera generación de cédulas contaba con todas las características de una iniciativa para entonces pionera, sin muchos referentes previos en los cuales basarse. Los textos enviados por mis colegas arqueólogos a veces privilegiaban la descripción sobre la explicación, e insistían en un lenguaje técnico que, a pesar de los esfuerzos de la Dirección de Operación de Sitios (DOS) del INAH para sustituirlos con palabras más cercanas al léxico normal, se resistían a cambiar al aducir que se perdía la “seriedad académica” si no se asentaban periodos cronológicos, tipos cerámicos o estilos arquitectónicos. Hubo otros que entendieron la intención del proyecto y produjeron textos mucho más amables con el visitante e incluso sugirieron gráficos menos difíciles de entender que los dibujos en planta de los edificios. Fue un periodo de intenso aprendizaje que nutriría a la siguiente generación de cedularios.

EL NUEVO CONVIVIDO: LA “INTERPRETACIÓN”

Cuando seguía en marcha esta primera etapa del proyecto (1995-1996) fue posible discutir, gracias a un productivo y afectuoso diálogo con el equipo de “señalización”, si lo que requeríamos era poner “señales” o bien, como se hacía ya en muchos países, proporcionar una “interpretación” de los valores patrimoniales (Tilden, 1967). Esta “interpretación” es diferente a la que hacemos los arqueólogos con nuestros datos, en el sentido de producir inferencias; por ejemplo, cuando decimos que “ya interpretamos nuestros materiales”. Se trata más bien de una forma de traducción, como al viajar a un país extranjero cuya lengua no se domina y se requiere de los servicios de un “intérprete” que traduzca a la lengua propia y viceversa. El “intérprete patrimonial” traduce el lenguaje del especialista a uno que el público entienda, disfrute y lo convoque a conservar el patrimonio (Ham, 1993; Knudson, Cable y Beck, 1995).

Aunque el proyecto se siguió llamando de “señalización”, ahora estaba claro que se trataba de textos mucho más afines a las cédulas de un museo,¹ que de simples “señales” como las que informan sobre horarios, servicios o precauciones. No era un proyecto de señalética –disciplina relacionada, mas no la central en este caso– sino de lo que en muchos países se conoce precisamente como “interpretación” o “interpretación patrimonial” (Colquhoun, 2005).



Letrero que daba la “bienvenida” a la zona arqueológica de La Quemada, Zacatecas, hace algunos años **Fotografías** © Manuel Gándara

Poco después de 1998 la segunda generación de cédulas –si es que se puede hablar de generaciones, ya que los cortes son difusos por la experimentación constante– trajo cambios: se abandonaron las de cerámica a favor de “mobiliario” metálico, el cual daba una mayor flexibilidad y espacio, además de que permitía incorporar gráficos y otros elementos de apoyo. Se usó, por ejemplo, una tipografía en naranja sobre un tono bayo en paneles verticales sostenidos por postes. Y aunque muchos textos mejoraron, otros siguieron igual de descriptivos. No es para extrañarse, ya que nada nos prepara para ser buenos divulgadores. Por eso hay que aplaudir a aquellos que, por mérito propio, hicieron un buen trabajo de interpretación, además de reconocerles su esfuerzo a los menos exitosos. Muchos de los aciertos se deben al propio equipo del proyecto que luego se convertiría en la *dos*:² ellos negociaban, con estrechos márgenes de maniobra, los textos de los especialistas para convertirlos en algo más legible.

Para entonces habíamos accedido ya a una literatura que guiara el proceso: en particular, a las propuestas de Sam Ham (1992), conocido intérprete patrimonial estadounidense cuyo manual de interpretación fue la clave. Ham trabajó con el National Park Service, donde se desarrolló una sólida metodología de interpretación originalmente destinada al patri-

monio natural, pero en virtud de que en muchos parques nacionales existían también vestigios arqueológicos, se aplicó al patrimonio arqueológico.

LA INTERPRETACIÓN “TEMÁTICA” Y LA TERCERA GENERACIÓN DE CÉDULAS

A finales de la década de 1990 la *dos* incursionaba en las ideas de Ham, con una versión “a la mexicana” que se desarrolló en la ENAH (Gándara, 1996 y 2001). La diferencia entre la interpretación “a secas” y la “temática” es que la segunda se centra en un conjunto acotado de ideas a comunicar, en particular en la llamada “tesis” o mensaje central, que es lo mínimo que quisiéramos que el público se lleve consigo tras su visita. Se trata de una oración completa, de preferencia breve, que comunique el valor patrimonial central y le dé sentido al conjunto de la interpretación –apoyada por otros mensajes subordinados–. Por desgracia, en la traducción de Ham (1992) al español se confundió *theme* (“tesis”) con “tema”, en el sentido de tópico.³ Eso motivó que algunos colegas insistieran en que su interpretación era temática porque tenía tópico (por ejemplo, “economía” o “religión”), si bien carecía de una tesis: esa oración que genera relevancia, emociona y motiva a la reflexión.

De nuevo, con valor y entusiasmo, a principios del milenio se intentó emplear una nueva versión de la estrate-

gia en una colaboración entre la DOS y la ENAH (Gándara, 2003). Esa tercera generación –de nuevo a modo de simplificar un desarrollo más complejo– incorporó otras novedades: el uso de ilustraciones a color y más atractivas; recuadros con información extra y tipografía para destacar conceptos importantes, aunadas al intento, no siempre logrado, de llevar una “tesis” central. Un ejemplo de esta generación fue el innovador cedulaario que, con el apoyo de diferentes especialistas regionales, colocó la DOS en Tulum, uno de los primeros sitios en “señalizarse” durante la primera generación.

EL PROCESO SE SISTEMATIZA

Pese a haber experimentado cambios constantes en sus equipos directivos,⁴ la DOS sostuvo en este tiempo el esfuerzo de “señalización”, con lo que ganó pericia y produjo lineamientos y guías para hacer el proceso más homogéneo y consistente. Lo destaca porque el equipo de la DOS logró, cuando menos en 2006, sistematizar el proceso de interpretación y hacerlo llegar a los propios investigadores. Se diseñó una estrategia de capacitación mediante la que se impartía un curso de sensibilización a los equipos de las zonas arqueológicas encargados de la “señalización”, en talleres de los que se intentaba lograr cuando menos una aproximación a las tesis o mensajes centrales. Aunque de nuevo fue un esfuerzo colectivo, destacan los aportes de Mariana Sugawara y su equipo en la sistematización de criterios e incluso estandarización de mobiliarios, así como de Alejandra Mosco, que produjo una metodología para la creación de los que llamó “esquemas interpretativos” (Mosco, 2012). Se produjo así una cuarta generación de cedulaarios, de los que algunos alcanzaron a ver la luz.

Hoy en día se anticipa una siguiente generación de cedulaarios que se nutra de este largo proceso de aprendizaje: se busca mejorar la selección de materiales del equipamiento, más resistentes



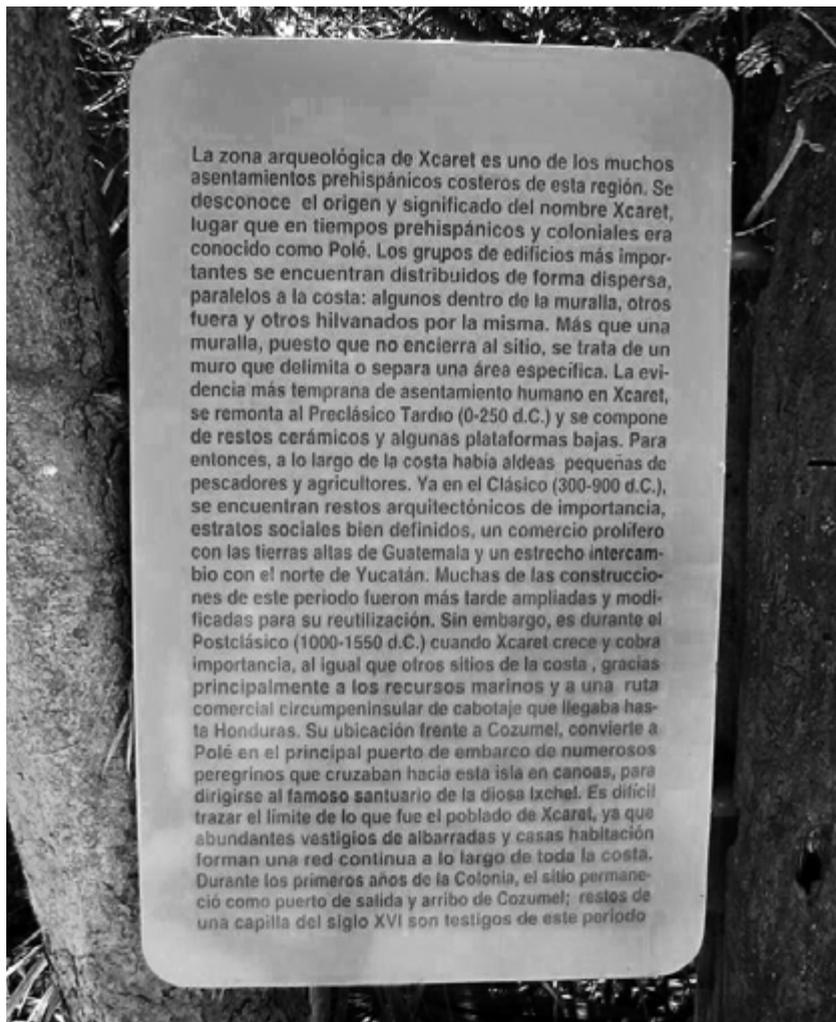
Cédula de la primera generación para la zona arqueológica de Tulum, Quintana Roo. Se aprecia el texto en tres idiomas y el dibujo en planta del edificio

a las condiciones climáticas extremas que en un tiempo récord acabaron con algunas de las últimas cédulas. Un avance notorio ha consistido en lograr la suficiencia y autonomía en la producción física del mobiliario, en un taller ubicado en Teotihuacán, lo cual permitirá reducir costos y mejorar la supervisión de la calidad (Huitrón,



Cédula de la primera generación, Zona Arqueológica de la Quemada, Zacatecas. Nótese la extensión del texto y el uso de la fotografía histórica

comunicación personal, octubre de 2013). Sin embargo, el reto aún implica convencer a algunos colegas de que el cedulaario no es un “libro en chiquito”, lleno de precisiones técnicas –sin duda bien fundamentadas–, sino un mecanismo para comunicar el valor patrimonial al público lego.



Cédula de la segunda generación (aproximadamente), ubicada en la entrada del parque ecológico Xcaret, que se encuentra encima del sitio arqueológico de Polé, Quintana Roo

LA SOCIALIZACIÓN DE LOS VALORES PATRIMONIALES EN LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS ABIERTOS AL PÚBLICO

Parecería osado que, sin ser miembro de la DOS, me atreva a hacer esta breve síntesis histórica –la cual se apoya y complementa en la que esperamos que pronto vea la luz de Sugawara (en prensa)–. Lo hago porque me ha tocado, aunque sea de manera tangencial, el privilegio de acompañar durante 20 años este proceso, el cual me parece crucial para que se cumpla una de las tareas centrales del INAH: la de la “difusión” del patrimonio que custodia.

En su reciente tesis de maestría, Ledesma (2012) nos reta a contestar, sin perder la calma, algunas preguntas que muchas veces nos hacen políticos, empresarios y otros agentes que buscarían privatizar el patrimonio para obtener beneficios económicos a costa de su conservación; preguntas que nos desquicia como arqueólogos: ¿para qué conservar estas antiguallas, estas ruinas?, ¿por qué son más im-

portantes que un nuevo hospital o una nueva línea del Metro o una presa que traerá energía eléctrica a miles de personas, amén de controlar el desborde de los ríos? Contestaríamos diciendo que afectar el patrimonio va en detrimento de “nuestra materia objeto de trabajo”, pero lo mismo pueden hacerlo los constructores de esa infraestructura que muchas veces menoscaba el patrimonio: detener sus obras afecta “su” materia objeto de trabajo. No. El argumento debe ser más profundo. No tengo el espacio para intentar un argumento completo de esa naturaleza (para ello véanse Ledesma, 2012, y Jiménez, 2012). Lo cierto es que no conservamos el patrimonio por manía o fetichismo por lo antiguo: lo hacemos porque representa valores importantes. Estos valores van desde lo estético –el primer valor que se reconoció para los artefactos clásicos–; lo simbólico –soporte de identidades–; lo histórico –testigo de trayectorias particulares–; lo científico –evidencia de nuestra trayectoria común como especie–, y lo económico –la derrama asociada con la visita a sitios patrimoniales y museos– (Gándara, en prensa).

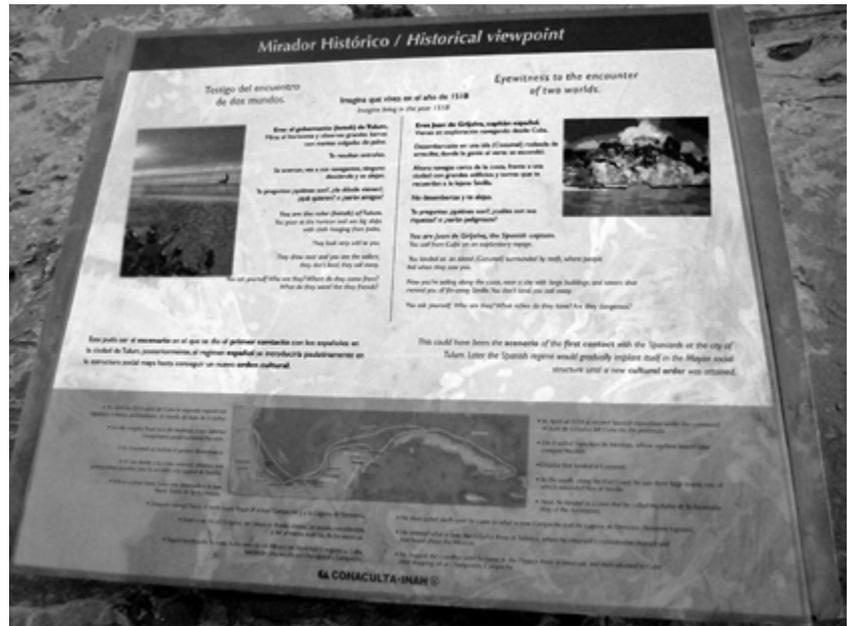
En el patrimonio arqueológico hay claves para generar preguntas importantes y urgentes para el presente. Por ejemplo, ¿cómo es que nos hicimos humanos?, ¿cómo –y por qué– surgió la desigualdad de género?, ¿cómo, con base en un sustrato común de sociedades cazadoras-recolectoras, surgió la agricultura y sólo se adoptó en algunos casos?, ¿por qué sólo algunas de estas sociedades agrícolas igualitarias se transformaron en sociedades con diferencias jerárquicas y finalmente de clase?, ¿qué papel hemos tenido los humanos en la protección –y, a la inversa, la destrucción– de la diversidad biológica?, ¿qué podemos aprender de “colapsos” como el maya –que aunque no fue apocalíptico, igual resultó en el abandono de varios sitios de las tierras bajas del sur, cuando gran par-

te de la riqueza social de estos grupos aparentemente se empleaba en la guerra—?, ¿qué papel tuvieron las concentraciones urbanas en el desarrollo de epidemias que luego azotaron a segmentos importantes de la humanidad?, ¿por qué la solidaridad y la equidad —aunque imperfectas— sobrevivieron en lugares como Australia, continente sellado 70 mil años antes de la llegada de los ingleses, mientras que en otros dieron lugar a sociedades estatales cuatro milenios antes de nuestra era? Sólo para mencionar algunas interrogantes.

En la actualidad se ha puesto en duda la relevancia de la arqueología (Rockman y Flatman, 2012), lo mismo que la de los museos (Janes, 2009) —y por extensión de un tipo de museo: los sitios patrimoniales—. No obstante, el patrimonio arqueológico todavía constituye la llave para responder muchas de estas preguntas. Sólo si sobrevive podremos hacerlo —y compartir las respuestas con la ciudadanía que hace posible nuestro trabajo.

En otro lado he sostenido que es erróneo hablar de “poner en valor” un sitio arqueológico (Gándara, s. f.), pues éstos poseen ya un valor que no adquieren cuando alguien pone un estacionamiento o sanitarios. Lo que requerimos —y es parte de los aportes del INAH al país y al mundo— son los mecanismos que permitan que los valores inherentes al patrimonio arqueológico sean comprendidos y apreciados por la ciudadanía. La contemplación no basta. No requerimos “poner en valor”, sino “socializar” los valores patrimoniales. Esa labor requiere divulgar y no sólo difundir estos valores.⁵ Y en eso el INAH —en especial la DOS, con el aporte de los colegas investigadores de todo el país que han participado con entusiasmo en el esfuerzo— ha hecho una contribución notable. Perfectible, sin duda, como todo,⁶ pero también sin duda no por ello menos meritoria ✦.

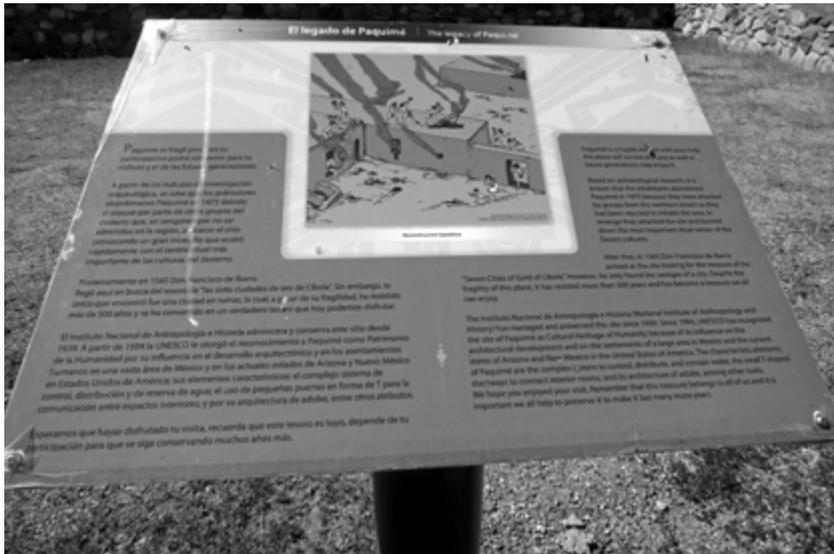
* Posgrado en Museología, ENCRYM, INAH



Cédula de la tercera generación (aproximadamente), mirador histórico en la zona arqueológica de Tulum. Nótese el uso de fotos (en el original en color), el recuadro con el mapa de ubicación y el recurso de presentar el punto de vista maya y el de los españoles cuando las dos culturas se encontraron aquí

Notas

- ¹ Esto llevó a una interesante discusión respecto a si se trataba de “museografiar” los sitios. Desde entonces sostengo —y lo he argumentado más tarde con mayor detalle (Gándara, s. f.)— que esa es una apreciación errónea derivada de que las llamemos “cédulas”, como en los museos. Las técnicas empleadas por el museógrafo, tales como manipular la ubicación y asociación de objetos, cambiar la iluminación o utilizar el color, son imposibles de emplear en una zona arqueológica: no podemos mover de sitio la Pirámide del Sol ni pedir que no tenga una luz tan intensa. El trabajo en sitios patrimoniales cuenta con una larga tradición propia y tiene su propio término para la tarea de facilitar la comprensión de un sitio: “interpretar”. Claro que eso no excluye que se puedan “musealizar”, en el sentido de aplicar los principios museológicos generales.
- ² Cuyo nombre varió con el tiempo, así como su adscripción institucional. En la actualidad forma parte de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- ³ Es decir, se dio pie a una interpretación que no era “temática”, en el sentido de llevar un mensaje central que guía y orienta la interpretación, sino sólo temas en el sentido de tópicos (véase Gándara, 2001: 67, para una discusión más amplia sobre la diferencia entre tesis y tópico).
- ⁴ En 20 años, desde sus días como “proyecto”, hasta la actualidad, como Dirección de Operación de Sitios, lo han dirigido —o sido responsables del despacho o coordinado sus tareas, en las diferentes adscripciones y nombres que tuvo— al menos 11 personas: Gloria Artís, Manuel Buenrostro, Nahum Noguera —en dos ocasiones—, Carolina Castellanos, José Luis Pérez, Sandra Cruz, Lucio Lara, Jacinto Chacha, Moisés Valdez y, en la actualidad, Antonio Huitrón. (Agradezco a Mariana Sugawara, que estuvo al frente del área de interpretación durante muchos años, este dato y su apoyo para la realización de este artículo.)
- ⁵ La difusión se hace entre pares, los cuales conocen el vocabulario, la relevancia y el contexto de lo que se dice; la divulgación se hace ante el gran público, que no tiene por qué conocer el lenguaje, la relevancia ni el contexto de lo que se le presenta. Ésa es precisamente la labor del divulgador: la traducción no sólo de léxico, sino también de relevancia para el visitante (Gándara, en prensa).
- ⁶ Entre los retos pendientes habrá que revisar, por ejemplo, la necesidad de estandarizar, desde el centro, los estilos y la manufactura de los equipamientos para todo el país, o la importancia de mejorar los apoyos a la orientación espacial de los visitantes, así como garantizar que entre el diseño y el “emplazamiento” de las cédulas se mantenga la idea inicial —en ocasiones alterada durante el complejo proceso de producción e instalación—. Todos son retos superables.



Cédula de cierre de recorrido, cuarta generación (aproximadamente), Zona Arqueológica de Paquimé, Chihuahua. Se hace una síntesis de los mensajes principales y se convoca explícitamente a conservar

Bibliografía

Colquhoun, Fiona, *Interpretation Handbook and Standard: Distilling the Essence*, Wellington, Department of Conservation, 2005.

Gándara, Manuel, "De la interpretación temática a la divulgación significativa: un recuento personal de la breve historia de la interpretación del patrimonio arqueológico en México", en *La interpretación del patrimonio arqueológico en México*, México, ENCRYM-INAH, s. f.

_____, "Curador, mediador, intérprete: roles cambiantes en el campo de la educación patrimonial", en *Memorias del SEPIMAL*, México, ENCRYM-INAH, en prensa.



Cédula prácticamente destruida por factores climáticos, zona arqueológica de Xochipala-La Nopalera. La arqueóloga responsable de la zona (doctora Covarrubias), reportó oportunamente el rápido deterioro de varias cédulas del sitio

_____, "Valores, significados y usos del patrimonio arqueológico: una propuesta", en Lilia Ribero y Ricardo Morales (eds.), *El taller internacional de cubiertas arquitectónicas en contextos arqueológicos*, México, INAH/Banamex/wmf/FHSL, en prensa.

_____, "La interpretación temática y la conservación del patrimonio cultural", en Eyra Cárdenas (ed.), *Memoria. 60 años de la ENAH*, México, ENAH-INAH, 2000.

_____, "Aspectos sociales de la interfaz con el usuario. Una aplicación en museos", tesis de doctorado, México, UAM-Azcapotzalco, 2001.

_____, "La interpretación temática: una aproximación antropológica", en Helodia Hernández de León y Victoria Quintero (eds.), *Antropología y patrimonio: investigación, documentación e intervención*, Sevilla, Junta de Andalucía/Comares (Cuadernos técnicos, 7), 2003, pp. 110–124.

Ham, Sam, *Interpretación ambiental: una guía práctica para gente con grandes ideas y presupuestos pequeños*, Golden, North American Press, 1992.

_____, *Environmental Interpretation: A Practical Guide for People with Big Ideas and Small Budgets*, Golden, North American Press, 1992.

Janes, Robert R., *Museums in a Troubled World: Renewal, Irrelevance or Collapse?*, Londres/Nueva York, Routledge, 2009.

Jiménez, María Antonieta, "La vinculación social en arqueología. Una propuesta para el proyecto arqueológico Palacio de Ocomo", tesis de doctorado en antropología, México, UNAM, 2012.

Knudson, Douglas M., Ted T. Cable y Larry Beck, *Interpretation of Cultural and Natural Resources*, State College, Venture Pub, 1995.

Ledesma, Patricia, "El tesoro de Cuauhtémoc. Tiempo libre y disfrute del patrimonio arqueológico en Tlatelolco", tesis de maestría en arqueología, México, ENAH, 2012.

Mosco, Alejandra, "Metodología interpretativa para la formulación y desarrollo de guiones para exposiciones", tesis de maestría en museología, México, ENCRYM, 2012.

Rockman, Marcy y Joe Flatman, *Archaeology in Society: Its Relevance in the Modern World*, Nueva York, Springer, 2012.

Sugawara, Mariana, "El proyecto de señalización de zonas arqueológicas DOS-INAH: apuntes para una revisión histórica", en *La interpretación del patrimonio arqueológico en México*, México, ENCRYM-INAH, en prensa.

Tilden, Freeman, *Interpreting Our Heritage*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1967.